



El tiempo presente y el tiempo pasado están quizá presentes los dos en el tiempo futuro y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.

T.S. Eliot



Regresar a donde nunca habíamos estado



¿Cómo se puede regresar a un lugar en que nunca habíamos estado? Es una aparente paradoja, tanto como la nueva normalidad o normalidad transitoria, llámese como se quiera, porque lo habitual u ordinario casa mal en principio con lo novedoso o transitorio.

Estamos inmersos en una pandemia mundial que ha empezado a cambiar nuestras vidas. Hemos adoptado comportamientos, desde el confinamiento, hasta las mascarillas o la distancia social, que nos eran ajenos y que hemos ido normalizando. Cuánto de esto viene para quedarse o pasará; quizás estemos en el umbral de un nuevo tiempo del que la pandemia fue el pistoletazo de salida, de igual manera que son muchos los historiadores que piensan que la peste negra del siglo XIV fue el catalizador que acabó con las estructuras bajomedievales y favoreció la eclosión del Renacimiento. Puede que así

fuese, o quizás fuese que hemos construido el relato pensando en que lo que viene después es consecuencia teleológica de lo que antes ha sucedido; no es necesariamente la perspectiva de los contemporáneos. No tenemos experiencia para construir el relato del mundo que viene, algo por lógica imposible, por lo que nos quedan las conjeturas y al conjeturar hay una parte de deseo y otra de consecuencia, utopía y prospectiva. **El riesgo se caracteriza por una situación en la cual los hechos son inciertos, los valores son discutibles y las decisiones son urgentes.** Y eso lo saben bien los gerentes de riesgos.

La pandemia de la covid-19 ha supuesto una crisis sanitaria global, con millones de personas afectadas y centenares de miles de muertos, en la que todavía estamos inmersos, y generado una crisis económica severa, con importantes desafíos sociales que deberemos enfrentar, de hecho lo

estamos haciendo ya. Los avisos estaban ahí. En lo que va de siglo ya habíamos asistido a cuatro grandes pandemias, aunque de consecuencias más limitadas. Cuando llegue la próxima pandemia, que llegará, **estaremos mejor preparados, porque sabemos a lo que nos enfrentamos,** tenemos la experiencia adquirida y seguro que habrá protocolos de salud pública firmemente establecidos para actuar de manera rápida y adecuada. Uno de los países más exitosos contra la covid-19 ha sido Corea del Sur y, en palabras de sus responsables sanitarios, se debe en gran parte a la experiencia que adquirieron al enfrentarse al MERS en 2015.

En el mundo que viene necesitaremos sistemas de salud más robustos que los que teníamos en el mundo de ayer, bien dotados de recursos técnicos y humanos. También vamos a necesitar más ciencia básica, más investigación, más innova-

ción, más emprendimiento y en definitiva, más conocimiento, que permita desarrollar tratamientos y vacunas para erradicar de manera definitiva el mal. Ahora que conocemos las consecuencias económicas de un coronavirus, ya nunca más hablaremos de gasto en investigación, sino de inversión en I+D+i. Además las startups, quizás porque va en su ADN, han demostrado una capacidad de adaptación y respuesta rápida para ofrecer soluciones (fabricación de respiradores, mascarillas, pantallas, aplicaciones para la medición de aforos, etc.), una actitud que no ha pasado desapercibida y que augura que el futuro pasa por ellas, sin perder de vista que ni la innovación ni la tecnología deberían ser solo accesibles a aquellos que cuentan con más recursos. De esto saben mucho los innovadores y emprendedores sociales que han sido no sólo ágiles a la hora de afrontar esta crisis, sino que han tenido también presente en sus soluciones connotaciones sociales y medioambientales, una visión que ahora es, y lo seguirá siendo, más necesaria ahora que nunca.

En el mundo que viene **la tecnología estará más al servicio de las personas**. El conocido como internet de las cosas, por su capacidad inmediata de aplicación en sectores relacionados con la asistencia sanitaria, la educación, la seguridad y el transporte, crecerá de manera exponencial, porque el futuro ya está aquí, podemos y queremos teletrabajar sin que nuestra productividad se resienta, planificando bien nuestros desplazamientos, para no incurrir en gastos energéticos innecesarios y, por tanto, contaminar más. Si vamos a repartir nuestra actividad laboral entre la oficina y el hogar, podremos vivir más lejos de nuestras oficinas, **reduciendo de manera significativa los niveles de polución**, de concentración de las personas en

grandes urbes (lo que tendrá su impacto en el precio de la vivienda) y, llegado el momento, sobre los vectores de contagio con un nuevo virus. De la misma manera, las videoconferencias reducirán nuestros viajes a los realmente imprescindibles: los aviones seguirán estando ahí, pero la necesidad de que estén en el aire será mucho menor. Y nuestros hijos, cuando estén enfermos o convalecientes, ya no tendrán que perder el curso, porque por la misma plataforma de videoconferencia por la que sus padres trabajan y les cuidan, ellos podrán conectarse con su aula, con sus profesores y compañeros. **La conciliación ha dado un paso adelante**, pero no deja de ser el primero. Los colegios tendrán que establecer protocolos adecuados y dotar del material necesario a los alumnos para cuando tengan que seguir las clases de manera virtual y que nadie, por falta de recursos, se quede fuera.

En un futuro próximo **la economía circular sostenible no será un desiderátum, será una obligación**. Cada vez vivimos más cerca de las especies salvajes y luego pasa lo que pasa, que un murciélago infecta a un pangolín y este a un humano. Esta crisis reclama una solución holística que pasa por un respeto por el medio ambiente. Ha tenido que ser un elemento submicroscópico quien limpiase a la fuerza la atmósfera y, de paso, nos ha enseñado que los combustibles fósiles que necesitan almacenarse no son competencia con las energías limpias, eólica y solar, que tienen una mayor capacidad de adaptarse a la demanda real en cada momento.

La palabra crisis, que tanto asusta, tiene una etimología precisa que significa cambio, y cuando este es sobrevenido, por la incertidumbre que genera, nos asusta. Es algo lógico, pero si has llegado hasta aquí

amable lector, habrás podido apreciar que de una crisis se puede salir más fuerte y mejor. **En el mundo de ayer vivíamos en un mundo de posibilidades no desarrolladas, porque la necesidad no era penitencia**. La crisis no ha hecho más que afirmar y adelantar algo que tenía que venir. Al igual que la peste negra del siglo XIV acabó con el Medievo y el feudalismo, los nobles empezaron a pasar el testigo a los burgueses, y la religión cedió ante la ciencia, ahora estamos inmersos en un proceso similar. Si algo nos ha enseñado la covid-19 es que no entiende de fronteras, ni de ricos, ni pobres, aunque afecte más a estos últimos; es un momento de afirmación colectiva y mientras que haya enfermos en el mundo, todos estamos en peligro. Aunque solo sea por egoísmo, algo muy humano, ha llegado el momento de la solidaridad. **La caridad, la acción social tradicional debe dar paso a una nueva**, en el que la brecha entre ricos y pobres, la desigualdad social se reduzca de manera considerable. La vacuna de la solidaridad ya está disponible y cualquiera puede dispensarla.

Construir un mundo mejor es un anhelo colectivo; **aprendamos de nuestro pasado para ser protagonistas de nuestro futuro**, en el que las instituciones del llamado tercer sector, mas orientadas a las personas que a los beneficios, tienen mucho que aportar, más de lo que ya venían haciendo. Porque en el mundo de mañana habrá besos y abrazos, disfrutaremos de un concierto en un auditorio y de un festival musical de verano, de un partido con los amigos, todo eso volverá, estamos seguros, somos animales sociales que hacemos lo que no está escrito por el amor de nuestros seres queridos. Pero quizás, para que las cosas sigan siendo iguales, **para regresar a donde nunca habíamos estado, debemos cambiarlo todo**. ■